

Investigación y militancia: una propuesta de antropología enraizada*

Sol Hurtado**

INTRODUCCIÓN

La militancia, pensada como práctica comprometida y reflexiva que implica presencia y tránsito en ámbitos definidos como social y políticamente significativos, nos posiciona ante problemas y preguntas de valor antropológico. Según Das y Poole (2008: 20) “[...] la etnografía es una forma de conocimiento que privilegia la experiencia, lo que le permite introducirse en los dominios de lo social que no son de fácil acceso si se siguen los protocolos formales de los que se sirven otras disciplinas”. Partiendo de esta perspectiva, en este trabajo se propone pensar la militancia como un tipo de experiencia que suma dimensiones cognitivas adicionales a la práctica etnográfica.

A partir del análisis de algunas de las implicancias que la militancia de la antropóloga-investigadora tiene para la disciplina antropológica desde la experiencia transitada al elaborar un trabajo de tesis, se propone mostrar un recorrido que en apariencia es individual y personal, pero que al ponerlo en contexto, adquiere un sentido colectivo y de época.

PRESENTACIÓN: DINÁMICA DEL TERRITORIO Y EXPERIENCIA MILITANTE

La dinámica del territorio

El lugar donde realicé el trabajo de campo para mi tesis de licenciatura es una villa del sur de la ciudad de Buenos Aires, ubicada a orillas del Riachuelo, uno de los ríos más contaminados de Argentina.¹ El barrio actualmente ocupa alrededor de 70 hectáreas y sus

1. La descripción presentada aquí con el objetivo de situar la propuesta, fue elaborada fundamentalmente en base a la presencia sostenida en el barrio que me permitió la militancia durante varios años. La mayoría de lo relatado lo vivencié en primera persona. Omití, para no cansar por lo redundante, los velorios, los cumpleaños, los casamientos, los

* Agradecimientos: A Virginia Manzano, por su confianza al dirigir mi tesis de licenciatura. A Silvia Hirsch, por acercarme a bibliografía que me permitió problematizar la propuesta que se presenta en este trabajo. A quienes con su lectura reflexiva de versiones preliminares realizaron aportes sustanciales a la perspectiva que aquí se esboza.

** Licenciada en Antropología (FFyL-UBA). Doctoranda en Antropología Social (IDAES-UNSAM). Becaria PIDDEF. Integrante del Programa de Estudios Rurales y Globalización (PERyG), radicado en el IDAES-UNSAM, y del proyecto UBACyT N° 20020130200053BA, titulado “Estado, sectores subalternos y espacialidad: Un estudio de antropología política en el Área Metropolitana de Buenos Aires”, bajo la dirección de Virginia Manzano, radicado en el ICA-FFyL-UBA. Correo electrónico: solhmendoza@gmail.com.

límites son visibles para cualquiera que transite las calles aledañas. Hay un claro contraste entre el *adentro* y el *afuera*, metáfora que es utilizada recurrentemente por quienes viven y por quienes no viven allí. Dentro de la villa son pocas las calles asfaltadas, algunas calles-pasillos son de escombros, arena y cemento, una suerte de hormigón elaborado por los propios vecinos, que también hicieron el trabajo de extenderlo sobre el piso, parejo y con alguna inclinación para evitar que el agua se acumule y entre a las casas. En la mayoría de los casos, los vecinos también hicieron las conexiones de agua, de luz, los pozos ciegos, sus propias casas.

Entrando por una de las calles cercanas al Riachuelo hay dos plantas impresoras de los dos diarios de mayor tirada del país. Las fachadas de ingreso a las plantas que no miran a la villa se ven prolijas, pintadas, limpias, pero los paredones que miran a la villa son de ladrillo descubierto, viejo, en mal estado, sucio. Hace algunos años una de las plantas cerró una calle de ingreso al barrio para usarla de estacionamiento. Esto generó múltiples denuncias y reclamos por parte de vecinos y de diversos actores políticos.

La villa es atravesada longitudinalmente por un ferrocarril de carga, y los trenes pasan muy cerca del frente de las viviendas, por lo que cruzar las vías es algo cotidiano. Pasan dos trenes de carga al día y, a veces, pasan con hombres armados para proteger lo que el tren traslada.

Es la villa más poblada de la ciudad. El Censo Nacional de 2010 contabilizó 29.782 habitantes. El censo realizado por el Instituto de Vivienda de la Ciudad (IVC) en 2012 arrojó que en ese momento vivían alrededor de 36.000 personas. Sin embargo, algunas organizaciones y agentes estatales estiman que la cantidad de habitantes es casi el doble.

La población de las villas es sumamente dinámica, se encuentra en permanente crecimiento y movimiento. Una parte de los habitantes del barrio son migrantes internos o de países limítrofes. Pero a medida que pasan los años son más los nacidos en la villa. Las redes de contención de amigos o familiares que se generan facilitan la llegada a la ciudad. Muchos de ellos fueron construyendo sus viviendas cerca de esos conocidos que ya estaban asentados, por lo que no es raro encontrar a toda una familia extensa viviendo en el mismo pasillo.

Las ambulancias generalmente no entran al barrio o lo hacen acompañadas de un patrullero. Esto suele generar retrasos en la asistencia ya que deben coordinarse ambos vehículos antes de poder ingresar al barrio y asistir a la persona. Hace algunos meses las fuerzas de seguridad realizaron un allanamiento en una vivienda entrando al barrio dentro de una ambulancia. Hechos como éste agravan los problemas de atención de la salud de la población del barrio, generando confusión y desconfianza respecto de los roles que deben cumplir distintas áreas del Estado.

En 2009 se inauguró el primer colegio secundario del barrio, terminando así de constituir un polo educativo dentro de la villa, lo que generó distintos posicionamientos respecto del significado y las implicancias que esto podía traer para los jóvenes del barrio. Algunos ve-

entierros, los carnavales, las peleas, los mates, los asados y los guisos compartidos con militantes y vecinos del barrio que me permitieron complementar la mirada etnográfica a través del foco en lo cotidiano.

cinos con los que hablamos en ese momento planteaban las ventajas de tener un secundario en el barrio: los chicos no tienen que viajar y gastar para ir a la escuela, se conocen entre ellos, no son discriminados por vivir en la villa por compañeros o docentes. Pero otros vecinos nos decían que el secundario en la villa supone encerrarlos a los pibes *adentro* de la villa para que no salgan, que así se estaba haciendo de la villa un *gueto*.

En este barrio realizan actividades numerosas organizaciones sociales, culturales, políticas y religiosas. La parroquia católica representa un centro gravitatorio de casi todo lo que sucede y sus curas son invitados a bendecir cuanta actividad o inauguración se realiza.

También fue central, hace algunos años, el rol de la mutual “El Álamo”,² una asociación civil sin fines de lucro que tiene la particularidad de ser la titular de casi la totalidad de las tierras que ocupa la villa. Como el barrio se fue asentando en su mayor parte sobre tierras fiscales, los vecinos pudieron acceder a un programa de regularización de la tenencia de la tierra en la década de 1990.

El Programa Arraigo era, en ese entonces, el responsable a nivel nacional de la regularización de tierras fiscales. La mutual fue designada por el programa como la representante de los pobladores del barrio para llevar adelante la regularización dominial. Mediante un boleto de compra-venta el programa le transfirió a la mutual las tierras que ocupa la villa, mientras los vecinos, asociados a la mutual, le pagaban las cuotas de sus terrenos.

Es a partir de esta experiencia de intermediación que la mutual “El Álamo” se constituyó en la principal interlocutora con el Estado. Su rol de mediación en un tema tan relevante para los habitantes de la villa como la propiedad de la tierra le dio a la mutual una centralidad en los procesos políticos del barrio. Sin embargo, este rol cambió con una intervención judicial que se produjo en 2007 y que dio lugar a dos procesos electorales donde los habitantes del barrio votaron la composición de una Junta Vecinal que, a partir de allí, se constituiría en el interlocutor legal con el Estado.

La experiencia militante como instancia de conocimiento

Llegué al barrio en 2006. En ese momento formaba parte de una agrupación de estudiantes universitarios y, mediante otra organización que venía militando en el barrio, nos acercamos a una familia que nos prestaría su casa para realizar clases de apoyo escolar y actividades recreativas con merienda para los niños del barrio. Así, fuimos conociendo a varias familias, sus redes sociales, sus estrategias de subsistencia, sus formas de organizarse. Así también nos fuimos vinculando con otras organizaciones territoriales y universitarias, algunos comedores del barrio, con la parroquia, y conociendo la vida cotidiana de este territorio.³

En 2007 supe que se realizarían las primeras elecciones a Junta Vecinal, las cuales finalmente se realizaron en 2008. Eran ordenadas por un juzgado de la ciudad a raíz de un pedi-

2. Los nombres utilizados fueron modificados para garantizar el anonimato los actores que se mencionan.

3. Estas prácticas quedan enmarcadas en la categoría más general de *militancia territorial*, cuyo significado no es unívoco sino que remite a prácticas vinculadas al activismo social y político y se desarrolla en ámbitos no institucionales que en contextos urbanos se organizan en torno a “lo barrial”.

do de intervención a la mutual promovido por la Comisión de Vivienda de la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, y por reiteradas denuncias de vecinos que señalaban la ilegitimidad de algunos procedimientos que realizaba la mutual.

En 2008 también cursaba una materia de la carrera de grado de Antropología y tenía que definir un problema de investigación sobre el cual realizar registros de campo. En ese momento, el proceso de la elección a Junta Vecinal me resultaba algo extraño, difícil de comprender. Y de ese extrañamiento surgió la primera pregunta: ¿por qué los villeros debían tener una instancia de intermediación que no existe en otros barrios de la ciudad? La elección de una Junta Vecinal, cuyo interlocutor fundamental sería el Estado, me parecía una nueva instancia de estigmatización hacia los habitantes de la villa. Y fue en función de esa pregunta que decidí abordar el proceso electoral como tema de estudio.

En 2010 comencé a militar en una organización política con despliegue a nivel nacional. Desde allí, entre 2011 y 2012, vivencí nuevamente el proceso electoral de renovación de la Junta Vecinal. El acompañamiento de ambos procesos electorales me permitió presenciar y participar de diversas instancias de organización, discusión, negociación y establecimiento de acuerdos y desacuerdos. Desde allí fueron surgiendo numerosas preguntas sobre los procedimientos, los posicionamientos y las interpretaciones que se ponían en juego, así como sobre el grado de relevancia social que estos procesos adquirirían para la política del barrio.

Como plantea Guber,

[...] los investigadores podemos transformar episodios en apariencia anecdóticos y personales en instancias de conocimiento, aplicando a ellos el mismo tratamiento que daríamos a materiales más convencionales. Esta opción, lejos de proponer el uso de la legitimidad académica para hacer gala de narcisismo, revela cuánto comparte el investigador con la realidad que estudia, permitiendo contribuir a su esclarecimiento al reconocer estos elementos compartidos (1995: 26).

En efecto, a partir de esa experiencia de militancia, decidí continuar con el análisis de esos procesos electorales como tema de tesis, siendo que reconocía en ellos un proceso político y social de relevancia para el barrio. El problema de investigación surgió así de la presencia en el barrio, en el territorio.

UNA PROPUESTA DE INVESTIGACIÓN ENRAIZADA EN LA MILITANCIA

El trabajo de campo para la tesis constó entonces de diversas etapas, distintas entre sí, ya que no siempre mis participaciones en el espacio físico de la villa se vincularon con los objetivos de la investigación. Una parte de lo desarrollado en la tesis fue vivenciado como práctica militante y transformado luego en texto como descripción del proceso y reflexión en torno a él, privilegiando la experiencia de los actores involucrados, incluyendo la propia, como parte de los hechos a analizar, entendiendo el trabajo de campo como un proceso de conocimiento reflexivo que se produce fundamentalmente en el encuentro entre el investigador y los sujetos de estudio (Guber, op. cit.; Das y Poole, op. cit.; Balbi y Boivin, 2008).

“Ni el investigador es un observador externo a la realidad que estudia, ni los sujetos ni el investigador ‘están’ en un lugar no-interpretado”, explica Guber a partir de la definición de “auto-antropología” de Marilyn Strathern como aquella “que se lleva a cabo en el contexto social que la ha producido”. Guber concluye: “La cuestión no es si las credenciales del investigador coinciden con las de los informantes, sino saber ‘si existe continuidad cultural entre los productos de su labor y lo que la gente en la sociedad estudiada produce en términos de explicaciones de sí misma’” (op. cit.: 31). Ahora bien, en el marco de la reflexión que aquí se propone, la noción de “continuidad cultural” se entrelaza con –y es mediada por– el sentido político compartido por investigador e informante que genera el espacio de la actividad militante.

Como plantean Hammersley y Atkinson (1994), para toda investigación etnográfica las fases iniciales del trabajo de campo consisten en elegir el lugar (o los lugares) donde realizar la investigación, negociar el acceso y establecer el “rol de investigación”. En este sentido, inicialmente, militar en el barrio me permitió transitar un territorio donde de otra forma habría encontrado dificultades para circular. Caminar una villa sin el conocimiento previo de sus calles, pasillos, escuelas, centros de salud, comedores y de los sujetos que les dan vida, puede resultar una actividad difícil para alguien que no sea familiar a la gente del lugar o cuyo aspecto desentona. El trabajo de campo en barrios como el que aquí se presenta desplaza la posición de privilegio del investigador, en el sentido de que sus niveles de cuidado, protección o exposición se derivan de la categorización que distintos actores sociales le asignan y que definen sus posibilidades de transitar o no determinados lugares (Epele, 2010).

Los afiches, los volantes, las reuniones preparatorias, el armado de las listas, el censo para conformar el padrón, fueron dándole visibilidad y notoriedad al proceso electoral en la cotidianeidad del barrio. Así, la permanencia en el lugar me acercó a un proceso político socialmente significativo y me permitió (re)conocer a algunos de los actores que participaron activamente de los dos procesos electorales, quienes, siendo socialmente relevantes para las prácticas políticas del barrio, resultaron ser especialmente significativos para mi trayectoria como militante y para mi problema de investigación.

Un proceso posterior de compilación, sistematización y revisión de información fue necesario para desnaturalizar algunas ideas –constituidas como supuestos o prejuicios– forjadas en la experiencia previa. Asimismo, y en función de establecer el “rol de investigación”, debí explicitar tanto en el proceso del trabajo de campo como en el proceso de escritura y elaboración de la tesis el doble rol de militante e investigadora, para mis interlocutores y para mí misma, y convertir ese doble rol en un posicionamiento coherente, consistente con esa doble experiencia.

Los procesos políticos analizados en la tesis fueron abordados desde su vínculo con la vida cotidiana con la intención de no aislarlos del flujo de relaciones sociales más amplio en el que se integran y con el que componen su sentido. Desde esta perspectiva, se puede establecer un paralelismo similar respecto del flujo de relaciones sociales que integraba como militante al momento de realizar el estudio. Las relaciones generadas a través de la militancia se constituyeron en un recurso crucial para realizar la tesis, al facilitarme el acceso a un territorio y permitirme visibilizar un problema definido como políticamente relevante por

un conjunto de actores de múltiples pertenencias. Así, explicitar mi posicionamiento como investigadora en tanto sujeto situado en un flujo de relaciones previas definidas por la militancia, me permitió reponer parte del sentido que orientó mis intereses y mis posibilidades.

A través de las vivencias como militante, estos procesos electorales se revelaron significativos. Luego, mediante el análisis etnográfico pude reconocerlos como instancias de condensación de las tramas políticas del barrio, las cuales se encuentran presentes en la cotidianidad de las personas que viven allí pero que se hacen visibles, cobran densidad, y se reconfiguran y amplifican en el tiempo de las elecciones.

A medida que fui profundizando en estos procesos electorales, por las propias características de la inmersión del abordaje etnográfico, pude comprenderlos como nudos del tejido más complejo que enlazan lo local con un contexto más amplio. De esta forma, las elecciones a Junta Vecinal le daban carnadura a procesos como la autonomización de la ciudad de Buenos Aires, la judicialización de la política y la nueva relevancia en el rol de la Legislatura en el campo social y político de la ciudad de Buenos Aires. Asimismo, estas elecciones cobraban sentido desde una perspectiva histórica, pudiendo reconocerlas como parte de una genealogía de prácticas, discursos y sucesos significativos en la historia de las organizaciones villeras.

La experiencia transitada desde la militancia orientó el foco de la investigación hacia la agentividad de los sujetos y la construcción conjunta de políticas –de manera disputada y asimétrica– entre los sectores populares y el Estado. Retomando la propuesta que realizan varios autores del enfoque de la política en movimiento (Manzano et al., 2010), intenté captar la vida en relación de personas inmersas en procesos organizativos, restituyendo el campo social y político en el que se inscriben episodios de movilización colectiva para superar dicotomías normativas.

Este enfoque no propone construir una tipología de los diversos modos de acción política de los sectores populares, ni de circunscribirlos a ciertos ámbitos de participación con características fijas, sino que intenta comprenderlos y explicarlos en su dinámica y variabilidad, en su creatividad y producción de novedad, y que presupone, para el caso que aquí se analiza, una valoración de esta acción política equivalente en sentido y complejidad a procesos de acción política fuera de la villa. En este sentido, se aleja de las perspectivas instrumentalistas que suelen orientarse por objetivos de disciplinamiento o de transformación compulsiva.

Coincidimos con Manzano en que,

[...] la mayor parte de las investigaciones antropológicas en este tema, aún con connotaciones teóricas disímiles, desplaza la atención exclusiva otorgada a los movimientos sociales, la acción colectiva o el Estado como entidades separadas que entran en relación (instrumental), para dar cuenta de tramas relacionales que forman histórica y culturalmente a esas entidades como escindidas (2013a: 64).

Procedimientos técnicos tales como la realización de un censo o la confección de un padrón se convierten en herramientas de activación política por la acción de quienes son objeto de aplicación de esos procedimientos. De esta forma, los sujetos reconfiguran de manera

constante el sentido político de los dispositivos estatales, así como las propias políticas –en términos de discursos y prácticas–, las cuales adquieren nuevos significados y dimensiones que podían estar contempladas o no en su planteamiento inicial. La acción de los sujetos, inclusive en contextos adversos, incide en las políticas y en los sentidos que éstas adquieren, lo cual pone en cuestión la mirada instrumental sobre el accionar del Estado en políticas orientadas hacia los sectores populares.

Como plantean Manzano et al.,

[...] durante el período denominado ‘transición democrática’ se construyó un modelo dicotómico que aún actúa como generador de preguntas e interpretaciones sobre los procesos políticos que protagonizan los ‘sectores populares’. En ese esquema se revalorizó la política (luchas propositivas) por sobre lo que se definía como estrategias de supervivencia y luchas reivindicativas. [...] sugerimos que la contraposición entre la política de la acción colectiva y la del clientelismo también se asentó durante los últimos años en la distinción entre asentamientos/villas (2010: 2-3).

En la literatura de las ciencias sociales sobre el conurbano bonaerense se distingue a las villas de los llamados asentamientos en el sentido de que estos últimos se caracterizan por ser ocupaciones de tierra masivas y planificadas (Merklen, 1997), a pesar de que muchos sectores de las villas también son tomas de tierras planificadas y organizadas.⁴ Generalmente se asocia a los habitantes de los asentamientos con organizaciones barriales autónomas a diferencia de las villas donde sus habitantes son presentados como sujetos manipulables por redes políticas clientelares, lo cual refuerza estereotipos estigmatizantes a la vez que posee efectos estereotipantes.

Posiblemente esta distinción adquiriera otro sentido y otra utilidad para estudiar estos barrios en la década de 1990, dado que en ese momento la mayoría de los asentamientos del conurbano eran de reciente formación y es el modo en el que surgen lo que los científicos sociales observaron como distintivo de estas ocupaciones de tierras. Aún así, consideramos que algunas de las características que se le asignan a los asentamientos como distintivas también podemos rastrearlas en las villas (Manzano et al., 2010), por lo que creemos que la dicotomía mencionada oscurece el análisis de los procesos políticos en estos barrios.

En este sentido, desde las ciencias sociales se ha contribuido a señalar a los villeros como sujetos manipulados por políticas clientelares (Auyero, 2001; Cravino, 2002). Así, “[...] se presenta a los villeros como oportunistas, víctimas de la negligencia estatal, manipulables por actores externos (partidos políticos, iglesia, etc.) o como portadores de una biografía

4. Desde el ámbito de la gestión pública, en la ciudad de Buenos Aires existe una caracterización de villas y asentamientos distinta a la que se realiza desde las ciencias sociales para los estudios sobre el conurbano bonaerense. En la ciudad de Buenos Aires los llamados “Nuevos Asentamientos Urbanos” (NAU) son caracterizados como asentamientos no urbanizables y como tales no son reconocidos como villas, dado que éstas últimas poseen una ley que ordena su urbanización. Es decir que en el ámbito de la ciudad, la distinción villa/asentamiento se vincula a las posibilidades de radicación y urbanización que el Estado pueda reconocer o desconocer. Esta diferenciación abre otro debate en torno a cuáles son las implicancias de esa caracterización para el gobierno local y para los barrios no reconocidos que no podremos abordar en el presente trabajo.

trágica” (Cravino, 2002: 40). Es decir que generalmente los villeros son presentados como sujetos pasivos, voluntariamente desgraciados. Asimismo, muchos de estos trabajos son contruidos sobre miradas miserabilistas de los sectores populares que postulan, implícita o explícitamente, la inevitabilidad de la pobreza y la marginalidad en determinados contextos, y redundan en la marcación del villero como *el otro* que puede –o que debe– soportar a lo largo de su vida repetidos actos de violencia de diversa índole. Las vidas de estos sujetos aparecen así presentadas como realidades paralelas, exóticas para la investigación académica.

Estas propuestas, partiendo de posicionamientos deterministas, generalmente ponen el foco en los procesos de descomposición social, obturando la posibilidad de visibilizar la dimensión de recomposición social de la que dan cuenta los conflictos y las luchas sociales: “En efecto, la tendencia, la costumbre, más aún, la naturalización de un análisis de los procesos de cambio desde la sola óptica de la descomposición social, suele minimizar –o en el límite, negar– las brechas que pueden abrirse desde la acción colectiva” (Svampa, 2008: 22). Como complemento de esta observación, Svampa continúa: “Vista la actual distribución del poder social, el verdadero desafío teórico y epistemológico consiste en tratar de no caer en el fatalismo de las restricciones estructurales, en la creencia de que, porque los datos están cargados, como afirma una metáfora muy ilustrativa de Guillermo O’Donnell, no hay posibilidad de apertura hacia nuevos escenarios” (*Ídem*: 23).

En este sentido, el abordaje etnográfico representa una estrategia metodológica privilegiada para la deconstrucción de estereotipos y como antídoto de idealizaciones que, al reponer las múltiples dimensiones imbricadas en la complejidad de lo social, permite visibilizar en el flujo denso de los procesos de transformación o cambio, la dialéctica permanente entre tendencias de descomposición y recomposición social.

Ahora bien, la actividad militante abre un espacio de experiencias comunes dentro de la realidad estudiada –la relación etnógrafo-informante incorpora la relación militante-militante–, en la cual el etnógrafo también es actor social. A su vez, la actividad militante supone necesariamente la posibilidad del cambio hacia la recomposición social –o, por lo menos, de resistencia a la descomposición–, por lo que cualquier propuesta de investigación enraizada en la militancia llevará implícita esta dimensión de interpretación de la realidad social.

De esta forma, en la revisión del proceso etnográfico que aquí se propone, la experiencia reflexiva y articulada entre militancia y análisis etnográfico habilitó la reposición del componente de recomposición social presente en el poder de agencia y la capacidad de reconfiguración de políticas y procesos de los sujetos con los que trabajé.

REFLEXIONES FINALES: CONTEXTO DE PRODUCCIÓN

Producción colectiva, dialogada y articulada

La intención de este texto es destacar el rol del antropólogo como productor situado, posicionado en un contexto determinado de relaciones, de posibilidades, en un momento específico del campo de conocimiento dentro del cual se inscribe.

Los procesos que son expuestos y analizados en trabajos etnográficos son conformados como tales a partir de la experiencia transitada en el trabajo de campo de quien los escribe en compañía de múltiples personas involucradas de maneras distintas. El proceso de escritura, como una segunda instancia de reflexión y acción, es también un proceso compartido con quienes leen y realizan aportes y críticas. En este sentido, toda producción de conocimiento es una producción colectiva.

La participación del investigador en equipos y proyectos de investigación y de extensión permite poner en diálogo académico la propia producción de forma cotidiana. Particularmente, los proyectos de extensión incluyen la dimensión de la articulación de lo académico con la realidad “extramuros” –al exterior de la universidad–, que puede estar presente o no en los proyectos de investigación convencionales. De esta forma, los proyectos de extensión permiten establecer un nexo que se vincula con la propuesta presente en este trabajo. En efecto, la participación del investigador como militante pone en diálogo a través del sujeto dos ámbitos, que podríamos pensar como “el territorio” y “la academia” que suelen estar desvinculados, con intereses y preocupaciones distintas y, en ocasiones, complementarias.

Revisión de la “ficción fundacional” del trabajo de campo antropológico

Siempre que se expliciten las intenciones respecto del uso de la información recabada con los actores del campo, así como las condiciones en las que esos datos fueron construidos, las implicancias de realizar el trabajo antropológico en contextos donde el antropólogo tiene una participación previa como militante, son similares a las de cualquier otra investigación antropológica.

En todo caso, realizar trabajo de campo en ámbitos donde ya se participa previamente contribuye a limitar la ambigüedad que el rol de investigación puede tener en la percepción de los actores en el campo. Como plantea Guber, negar esta posibilidad contribuye a consolidar “[...] la ficción fundacional pero oculta del trabajo de campo antropológico: que el etnógrafo sea –y deba ser– extraño a la realidad que estudia, de donde tarde o temprano partirá, hace que su experiencia de campo sea sólo un simulacro de convivencia” (op. cit.: 28). En tal sentido, si bien sumar la práctica etnográfica a la militancia altera en algunos aspectos los presupuestos compartidos y el modo de interacción con los actores, también es claro que se parte de un vínculo previo que ha ido construyendo una experiencia común.

La militancia permite al antropólogo una permanencia sostenida, una convivencia previa y el acceso a dimensiones o aspectos de la realidad social –algunos ejemplos fueron mencionados– que podrían permanecer fuera del foco del etnógrafo. Especialmente –no únicamente–, donde sus intereses pueden confluir con los intereses de actores socialmente situados. Los actores se comprometen con la investigación aportando su tiempo, sus experiencias, sus pensamientos y sus palabras, en tanto el compromiso del investigador es condición de posibilidad para compartir discusiones, dudas, interpretaciones y objetivos acerca de problemáticas que plantea la realidad social tanto a los actores como al etnógrafo en su rol compartido como militantes.

Sin embargo, este compromiso del etnógrafo requiere de la presencia constante de la vigilia controlada de esta implicancia. El conocimiento previo del campo, el “acortamiento” de la

distancia cultural, dificulta el ejercicio de extrañamiento necesario en nuestra disciplina. Retomando a Guber nuevamente, “[...] el empirismo ingenuo de las afirmaciones que homologan antropología nativa con menor distorsión de lo observado y mayor invisibilidad del investigador en el campo, es casi idéntico al de quienes sostienen que sólo una mirada externa capta lo real científica y desinteresadamente” (op. cit.: 30). En efecto, ni la cercanía ni la lejanía con los procesos sociales que estudiemos garantizan que “lo real” pueda ser captado “científica y desinteresadamente”.

En el mismo sentido, pero en discusión con los abordajes no-situados, Haraway plantea que

[...] la alternativa al relativismo no es la totalización y la visión única [...]. La alternativa al relativismo son los conocimientos parciales, localizados y críticos [...]. El relativismo es el espejo gemelo perfecto de la totalización en las ideologías de la objetividad [...]. Relativismo y totalización son dos “buenos trucos” prometiendo una visión equivalente y completa desde todos lados y desde ningún lado, mitos comunes en la retórica que rodea a la Ciencia. Pero es precisamente en la política y en la epistemología de las perspectivas parciales donde descansa la posibilidad de la indagación fundamentada, racional y objetiva (1988: 584, traducción propia).

Situarnos en nuestra investigación, incorporando el propio posicionamiento al análisis nos permitirá hacer conscientes y explícitas sus implicancias, sus alcances y sus límites.

Integrando miradas: por una investigación enraizada

Svampa señala que, en las últimas décadas en América Latina,

[...] la profesionalización permitió la consolidación de un campo académico en las ciencias sociales, mediante el reforzamiento de las reglas internas y los mecanismos de producción académica. Sin embargo, no es menos cierto que esta inflexión favoreció la consolidación de la figura del experto, supuestamente neutral y desapasionado, como modelo ‘legítimo’ del saber, al tiempo que sembró un manto de sospechas sobre toda investigación que buscara desarrollar su reflexión desde un posicionamiento militante (op. cit.: 25).

A pesar de que existen múltiples trabajos que no podríamos categorizar dentro de estos lineamientos, diversas variantes de la reproducción del mito de la neutralidad –y, por lo tanto, del desinterés– como valor epistémico heredado de las ciencias naturales integran el “modelo” académico dominante en las ciencias sociales, por lo menos en el nivel del discurso y de las representaciones colectivas de las prácticas de campo. En este sentido, lo que aquí se propone es contribuir a dar sustento en los círculos académicos a la militancia política como práctica susceptible de producir experiencias asimilables por la práctica etnográfica, no sólo sin pérdida de eficacia cognitiva sino, incluso, como recurso para generar modos y perspectivas de acceso a la experiencia etnográfica que por el camino de una supuesta “actitud científica” de toma de distancia respecto del objeto de estudio podrían resultar inaccesibles.

Si se aceptaran estas afirmaciones, el antropólogo militante podría vincular con convicción la militancia y la formación académica, reafirmar y enlazar la doble pertenencia, y trabajar

para concretar una confluencia de ambos roles en un posicionamiento científico-político coherente. Ahora bien, aceptada la militancia como recurso metodológico válido, se plantea una exigencia metodológica que supone que la coherencia entre práctica etnográfica y práctica militante no es espontánea, sino reflexiva, en tanto que necesita de un trabajo de integración necesario para que el etnógrafo-militante pueda superar el desdoblamiento que supone la condición espontánea de etnógrafo-o-militante o de etnógrafo-y-militante como yuxtaposición no reflexiva.

Sabemos que en este punto surgen interrogantes, que no podremos abordar en el presente trabajo, en relación, por ejemplo, con las dimensiones socio-económicas. Como explica Svampa,

[...] la constitución de los universitarios como una clase media superior ha derivado en una suerte de encapsulamiento elitista, que revela ciertas formas de esquizofrenia, visible en la falta de vínculos reales con esos otros mundos que dicen pensar e investigar. Amén de ello, la existencia de matrices sociales fuertemente jerárquicas en el interior de nuestras sociedades tiende a potenciar estas disociaciones (op. cit.: 29).

En este sentido, poner en diálogo la propia militancia con nuestra formación como antropólogos significa también atrevernos a interrogar nuestra militancia desde nuestra formación profesional, desde el saber académico. De la misma forma, significa atrevernos a contrastar ese saber social, institucional y políticamente legitimado que es el saber académico, a poner a prueba su eficacia y su contextualidad y, si fuera necesario, a reformularlo, a partir de la valoración de la cotidianeidad que vivenciamos en nuestros ámbitos de militancia como recurso con estatus cognitivo. Y también supone y explicita de una forma particular la aceptación de que la política es un componente intrínseco en la trama del conocimiento social.

Autores que se encuadran dentro de la corriente llamada crítica cultural,⁵ objetan que la investigación militante o activista, en la cual el investigador afirma su alineamiento político con un grupo de personas organizadas en torno a una lucha y habilita el diálogo con ellos para dar forma a su investigación (Hale, 2006), por definición produce un cerramiento analítico inducido políticamente. Hale retoma este cuestionamiento, pero en su propuesta esta limitación se convierte en una paradoja potencialmente productiva:

Lealtades dobles a un grupo organizado en lucha y a un análisis académico riguroso usualmente no son completamente compatibles entre sí. Se sostienen en tensión, y a veces, la tensión se torna abierta contradicción. A la vez, esa tensión es frecuentemente muy productiva. No sólo cosecha resultados de investigación que son potencialmente útiles en la lucha política con la que cada uno está alineado; sino que también puede generar nuevos acercamientos y conocimiento que desafíe y transforme el saber académico convencional (2006: 105, traducción propia).

Es decir que en el esfuerzo del investigador militante por compatibilizar ambos posicio-

5. Hale define a la crítica cultural como "una aproximación a la investigación y la escritura en la cual el alineamiento político es manifestado a través del contenido del conocimiento producido, no mediante la relación establecida con un grupo de personas organizadas en lucha" (2006: 98, traducción propia).

namientos, sin forzarlos a encajar el uno en el otro sino reconociendo sus tensiones y sus discrepancias, así como sus confluencias y sus puntos de encuentro, se halla una potencia creativa latente tanto para el desarrollo de la investigación académica como para el desarrollo de las luchas políticas en las que se imbrica la investigación.

En los últimos años, en nuestro país y, en general, en América Latina, presenciamos la tendencia al (re)acercamiento y (re)valorización de la política. En el mundo académico, la política irrumpió también como antídoto de visiones tecnocráticas que habían sido hegemónicas en otros períodos. Sin embargo, a partir de 2016 esta situación se modificó drásticamente. Y en un contexto donde un proyecto político de restauración neoconservadora propone, como en épocas anteriores, despolitizar la vida social, reemplazando engañosamente la política por una vaga apelación a la eficiencia empresarial, la despolitización de la ciencia parece una consecuencia necesaria.

En tanto militantes y antropólogos de países periféricos –que, entre otras cuestiones, debemos afrontar la convivencia asimétrica con la producción masiva de conocimiento orientado por las agendas de los países centrales–, se nos plantea la necesidad de producir conocimiento socialmente relevante. La producción académica debe ser así el fruto de la reflexión enraizada. Reconocer nuestra actividad militante y nuestra producción académica como prácticas convergentes de sujetos situados en procesos sociales, políticos y económicos, debe contribuir también a definir agendas de investigación que respondan a las agendas del territorio.

Lo que aquí se propuso es, entonces, una valoración de la potencia latente que el componente militante representa para la etnografía en tanto experiencia compartida con sujetos situados en procesos concretos, y las posibilidades derivadas de enraizar así la investigación social en las realidades cotidianas de personas de carne y hueso, generando tramas de relación más densas que trasciendan los sentidos mismos implicados en la investigación, para poder explicitar y articular intencionalmente, con fines cognitivos y transformadores, la relación entre ciencia y política.

Bibliografía

- AUYERO, Javier. 2001. *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires, Prometeo.
- BALBI, Fernando y BOIVIN, Mauricio. 2008. “La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y gobierno”. *Cuadernos de Antropología Social*, No 27. pp. 7 a 17.
- CRAVINO, María Cristina. 2002. “Las transformaciones en la identidad villera... La conflictiva construcción de sentidos”. *Cuadernos de Antropología Social*, No 15. pp. 29 a 47.
- DAS, Veena y POOLE, Deborah. 2008. “El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas”. *Cuadernos de Antropología Social*, No 27. pp. 19 a 5.
- EPELE, María. 2010. *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires, Paidós.
- GUBER, Rosana. 1995. “Antropólogos nativos en la Argentina. Análisis reflexivo de un incidente de campo”. *Publicar*, año IV, No 5. pp. 25 a 46.
- HALE, Charles. 2006. “Activist Research v. Cultural Critique: Indigenous Land Rights and the Contradictions of Politically Engaged Anthropology”. *Cultural Anthropology*, Vol 21, Issue 1. pp. 96 a 120.
- HAMMERSLEY, Martyn y ATKINSON, Paul. 1994. “La escritura etnográfica”. En: *Etnografía. Métodos de investigación social*. Barcelona, Paidós. pp. 227 a 251.
- HARAWAY, Donna. 1988. “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”. *Feminist Studies*, Vol 14, No 3. pp. 575 a 599.
- HURTADO DE MENDOZA, María Sol. 2014. “¿Por qué no te armás una lista?” *Política, Estado y vida cotidiana en una villa de la ciudad de Buenos Aires. Un abordaje desde la Antropología política*. Tesis de licenciatura. FFyL, UBA. Disponible en: <http://antropologia.filo.uba.ar/sites/antropologia.filo.uba.ar/files/documentos/Tesis-Hurtado%20de%20Mendoza.pdf>
- MANZANO, Virginia. 2013a. “Tramitar y movilizar: etnografía de modalidades de acción política en el Gran Buenos Aires (Argentina)”. *Papeles de Trabajo*, No 25. pp. 60 a 91.
- MANZANO, Virginia. 2013b. “La política del tiempo: palabra y cuerpo como experiencias de temporalidad en las luchas por la vivienda en la Ciudad de Buenos Aires”. *X Reunión de Antropología del Mercosur: Situar, actuar e imaginar antropologías desde el Cono Sur*, Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC, Córdoba, 10 al 13 de julio.
- MANZANO, Virginia; GROISMAN, Lucía; MORENO, Lucila; HURTADO DE MENDOZA, Sol. 2010. “Dinámicas políticas en ‘villas de emergencia’ del Área Metropolitana de Buenos Aires. Actores, formas de organización y espacios de disputa”. *VI Jornadas de Sociología de la UNLP: Debates y perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del Bicentenario. Reflexiones desde las Ciencias Sociales*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, La Plata, 9 y 10 de diciembre.

MERKLEN, Denis. 1997. "Organización comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires". *Revista Nueva Sociedad*, No 149. pp. 162 a 177.

RAPPAPORT, Joanne. 2007. "Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración". *Revista Colombiana de Antropología*, Vol 43. pp. 197 a 229.

SVAMPA, Maristella. 2008. "Reflexiones sobre la sociología crítica en América Latina y el compromiso intelectual". En: *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires, Siglo XXI. pp. 19 a 41.